

Hace ya tiempo que la inteligencia artificial predictiva (IA) está operativa en muchos ámbitos. El diagnóstico de enfermedades, navegación... Sin embargo, es en el último decenio cuando entra la IA generativa como una apisonadora a partir de la eclosión en el 2022 de modelos capaces de generar imágenes y textos. Y encima, llegó la revolución de ChatGPT en uso público, el primero de los grandes modelos de lenguaje (LLM por sus siglas en inglés). Fue una revolución por qué usa (y muy bien) lo que nos hace más humano: el lenguaje y la imagen, es decir, la representación simbólica de la realidad mediante signos de dos tipos, lingüísticos y visuales. Además aprende; o lo parece. Lo que no hace es pensar, aunque, todo hay que decirlo, imita bastante bien el razonamiento humano.

Uno de los problemas del uso de la IA son eso que se ha dado en llamar alucinaciones y que, para para llamarlo por su nombre, son invenciones. Por poner un ejemplo, se le consultó a ChatGPT una norma de puntuación y la máquina no tuvo empacho en inventarse un apartado de la «Ortografía de la Lengua Española» (2010) que no existe para darle la razón al preguntante. Cuando se le afeó el engaño, reconoció que se había equivocado y prometió mejorar (*lo siento mucho, me he equivocado, no volverá a ocurrir* es ya un mantra que parece eximir de responsabilidad a cualquiera que haya cometido una felonía). Casos de invención de sentencias judiciales son conocidos, por no hablar del alarde de creatividad que hace a menudo, dando referencias bibliográficas inexistentes a nombre de científicos que su corpus publicado es suficiente como para que nadie les invente nada y a los cuales infringe un daño notable. Muchos profesionales parecen que están quejosos.

La IA generativa es una tecnología que permite manejar el lenguaje y una cantidad ingente de datos; de hecho, es eso, una teología basada en datos y, como es lógico, cuanto más datos tiene, mejor respuestas ofrece. Cuando se le pregunta algo donde no tiene datos, o no muchos, no se puede esperar que el resultado sea aceptable. Y eso, que puede parecer relacionado solo con la estadística, toca un problema ético: de dónde salen los datos que maneja cualquier herramienta de IA, con que derecho se los apropia y los usa, a quién se ha pedido permiso para aprovecharse de textos e imágenes sin citar jamás a los autores originales. Sin ir más lejos, el modelo español de IA, Alia, se entrenó con obras sujetas a derechos de autor, pero sin pagarlos. Se ha esgrimido argumentos que hace que todo sea legal. Otra cosa es que sea legítimo y ético, como cada vez que hacemos eso tan fácil de pedirle a ChatGPT que nos proporcione un resumen de cualquier tema para no tener que estudiarlo o que traduzca un texto, para no pagar a un traductor o que redacte lo que sea para no tener que saber nada de sintaxis ni contratar a un corrector profesional y humano. Aparte de la grima que puede dar acercarse a esos instrumentos, conviene revisar los resultados; ya cada uno sabrá si le han cambiado gato por liebre.